

Reciba usted, mi docto amigo, esos dos romances del más antiguo de nuestros poetas y únicos que de él nos quedan, como mi tributo de regocijo en el día en que por usted se alegran los rosaristas.

J. F. FRANCO QUIJANO

Septiembre 19 de 1919.

DISCURSO

DEL MANTENEDOR DE LOS JUEGOS FLORALES DE TUNJA
D. ANTONIO GOMEZ RESTREPO

Saludo a esta ilustre e histórica ciudad, en cuyo recinto palpita en el día de hoy el corazón de la República, al compás de los cañones que celebran la fiesta centenaria de la batalla de Boyacá.

Hermana por mil títulos de la ciudad del Funza; nacidas casi a un mismo tiempo a la vida civil; adornadas de timbres señoriales en los siglos de la colonia; gloriosas ambas en las luchas por la independencia; enriquecidas con ínclitos recuerdos en las armas y en las letras; Tunja recibe hoy el homenaje de Bogotá que le cede el primer lugar; y envía al egregio Jefe del Estado, rodeado de ilustre representación política y social, para que salude, en el campo de Boyacá, el mismo sol que hace un siglo alumbró la aparición de Colombia, libre para siempre, sobre las ruinas del poderío, tres veces secular, de la nación española.

En esta fiesta de las letras, en que la Hermosura, sentada en trono de flores, otorga codiciado galardón al poeta que ha sabido vencer con la espada del canto, acuden a mi memoria los recuerdos gloriosos que esmaltan la historia literaria de esta ciudad. Y veo surgir, entre las nieblas de la conquista, en los primeros años

de vuestra vida colonial, la gloriosa figura del que fue, en su larga carrera, conquistador y poeta, sacerdote y cronista, reuniendo en su venerable persona, los atributos más característicos de aquella edad heroica. Tan unido está a esta ciudad el recuerdo de Juan de Castellanos que para citarlo, no emplea el angloamericano Ticknor otro calificativo que el de *eclesiástico de Tunja*. Paréceme contemplarlo, en su robusta ancianidad, encerrado en su sencillo aposento, en donde guardaba, como testigo de sus aventuras juveniles, «una espada corta de camino y una rodela blanca de madera de higuerón,» al lado del Crucifijo; entregado a saborear sabrosas memorias de Cristóbal Colón y de sus hermanos, de los férreos aventureros alemanes, como Alfinger y Spira; de fundadores de ciudades, como don Pedro de Heredia y Sebastián de Belalcázar. Resurgía en su imaginación todo un mundo de hechos heroicos y galantes; de días de gloria y de tiempos de desventuras; y al par que anotaba puntualmente las hazañas de sus conmlitones, se esforzaba por recoger de la tradición oral los náufragos restos de las historias y leyendas indígenas; y acometía la formidable empresa de ordenar la monstruosa mole de sus recuerdos, en versos heroicos, a la manera de Ercilla, para presentar sus *Elegías* al Rey Felipe Segundo «como el cornadillo del pobre, a vueltas de los preciosos dones que suelen ofrecer los poderosos.» Castellanos es nuestro Homero; un Homero informe y rústico; pero padre de nuestra poesía y al propio tiempo de nuestra historia; varón benemérito, que tiene una majestad de patriarca, augusta y sencilla a la vez. De las páginas de Castellanos se desprende un olor como de vetusto arcón de cedro y sus cuadros guardan algo del acre aroma de los tiempos de la caballería. Pasa un siglo y apunta, tímida y dulcemente, otra gran figura en el cielo literario de

Tunja; no ya revestida de hábitos varoniles, como Castellanos, en quien el traje talar no oculta los desenfadados ademanes del conquistador; sino envuelta en la blanca toca de las vírgenes del Señor, que a penas deja entrever su suave y melancólica fisonomía. Es la Madre Francisca del Castillo, la escritora mística, que como prosista, ocupa en la literatura colonial puesto a penas inferior al que como poetisa, corresponde a la prodigiosa mexicana Sor Juana Inés de la Cruz. Es la mujer inspirada, que canta deliquios y ternezas de sus espirituales amores y al par nos hace entrever el abismo de miserias que esconde el corazón humano. Religiosa tímida y recogida, escribe con arrogancia oratoria, en amplios períodos, que ya hubieran querido para sí los predicadores de su tiempo. Su frase encendida hiere dulcemente el corazón. Los *Sentimientos espirituales* tienen un perfume que recuerda el de rosas e incienso que flota en las capillas conventuales cuando, terminado el oficio, se apagan las luces del altar y sólo queda la lamparilla de aceite ardiendo delante de la Majestad escondida.

Ahora resuena una gran voz, impregnada también de unción religiosa, pero no habituada a las delicadezas místicas, sino al canto resonante y heroico. Este sumo poeta no aprendió a cantar entre cadenas, sino al són de los himnos triunfales de la Independencia. Oh! quién pudiera reanimar hoy sus heladas cenizas, y poner nuevamente en sus manos el arpa inmensa, a cuyos bordones arrancó esos acentos sublimes con que consagró la bandera colombiana:

Oh! la bandera de la patria es santa
Flote en las manos que flotare!

Bien recuerdo al cantor de la patria. Cuando de niño, fijaba mis ojos atónitos en los suyos que en vano

quería velar la sombra de los años, veía de pronto surgir de la profundidad de esas pupilas, relámpagos de entusiasmo juvenil, que me parecían último reflejo de los fogonazos del Pantano de Vargas y de Boyacá. Los cantos de don José Joaquín Ortiz resuenan con ese tono profundo y solemne, como de órgano de una vasta catedral, con que vibran los grandes robles de nuestros bosques, cuando los pulsa el viento.

Grandes glorias literarias son éstas, dignas de una ciudad que tiene una larga tradición heroica, cuyo primer eslabón está representado por la grave figura del Zaque Quenmunchatocha, a quien sólo faltó un Ercilla para verse encumbrado al coro de Caupolicán y de Lautaro, y culmina en la hazaña de hace un siglo, en la fecha más gloriosa de la historia de Colombia. Desde entonces brilla sobre esta ciudad un reflejo de epopeya, como el que resplandece sobre el solar del Cid y sobre el desfiladero de Roncesvalles, y que de noche, cuando la luz material ha dejado de iluminar estas regiones, extiende sobre Tunja un manto de oro, como el que se desenvuelve en torno del cuerpo de una reina en una fiesta de corte, y con el cual ella se adorna para comparecer, en las grandes solemnidades de la patria, en el coro de las ciudades históricas de Colombia.

En el día de Boyacá, se dieron la mano, como númenes protectores de este pueblo, Gonzalo Jiménez de Quesada y Simón Bolívar; el conquistador y el libertador; el fundador de ciudades y el emancipador de naciones, el primero, vestido con su brillante armadura de acero, el segundo, envuelto en su poncho de montaña, roto y desteñido el dormán de guerra. Y se unieron en una apoteosis de gloria el venezolano y el granadino; Santander y Anzoátegui; el rubio irlandés y el llanero atezado; el criollo de finas facciones y el hijo



del Africa, que iba en busca de su abolida dignidad de hombre: prelujiéndose en esa unión de razas, realizada por la victoria, la futura fusión democrática que abre inmenso campo de desarrollo a esta tierra privilegiada. En ese rápido encuentro, que en medio de una guerra como la que acaba de presenciar el mundo, apenas habría parecido un minúsculo incidente, quedó asegurada la independencia de un territorio tan vasto como la mitad de la Europa central, y se decidió la suerte del continente; porque si el resultado hubiera sido adverso, la libertad habría quedado agonizante en el puente de Boyacá; al paso que triunfante Bolívar, inició allí la prodigiosa serie de campañas que lo llevó de las orillas del Funza a las playas del Rimac y de las faldas del Avila a la cumbre argentea del Potosí.

Bien puede adormecerse Tunja al arrullo de esos magnos recuerdos. Su misma aislada grandeza convida a esta evocación solemne y religiosa de grandezas ya pasadas, pero vivas en la memoria del pueblo. Parece como si los conquistadores del siglo diez y seis hubieran logrado arrancar un pedazo del corazón de Castilla y trasportarlo a la tierra de los Zagues, para fundar una ciudad gemela de las españolas, y rodearla de un panorama como el que contemplan los ojos en torno de Toledo o de Burgos. Tierra melancólica, pero fecunda; propicia al desarrollo de los anhelos místicos y de las energías caballerescas; tierra azotada por vientos y cobijada por nieblas que endurecen los miembros y reconcentran el calor en el corazón. Escudos señoriales pregonan la hidalguía de los antiguos linajes de Tunja; capillas de primorosa labor, en cuyos resplandecientes follajes se enreda la fantasía, recuerdan que la piedad erigió aquí templos cuando el arte religioso español llegaba a su apogeo; un ajimez árabe, un arco morisco, nos hacen pensar en las tortuosas

callejas toledanas y están pidiendo la furtiva visión de unos ojos orientales, que asoman por entre el yelo, como astros que rasgan un cortinaje de nubes. Tunja, como sus hermanas mayores de Castilla, guardan un fondo de secreto misterioso, que no entregan a los extraños. Estas ciudades históricas no pueden sustraerse al movimiento de renovación y de progreso, que cada día se hace sentir, de modo más y más imperioso, aun en regiones que han dormido sueño de centurias: entreguen, en buena hora, a la piqueta las partes menos sensibles de su sér; aquellas que importan menos para su significación histórica y tradicional; dejen butfir allí el torrente impetuoso de la vida moderna, con sus potentes palpitations; pero guarden intacto, como almenada ciudadela, un recinto inviolable, a donde no llegue el ruido ensordecedor del mundo externo; y en donde puedan concentrarse a rendir tributo a la memoria de sus ilustres abuelos; a fortalecerse con el recuento de las glorias que hacen insigne sus casas solariegas; dedicando un piadoso memento a los que consagraron las vetustas piedras de sus calles con el riego de su sangre; en una palabra, a robar a la prosa de la existencia, unos instantes de meditación y de ensueño, en que se realice la comunión de las almas y se sienta en medio del silencio solemne, el misterioso palpar de las pasadas generaciones, que nos hablan con mudas y elocuentes voces.

Así como hace un siglo correspondió a Boyacá abrir a los pueblos hermanos la senda de la libertad que hemos recorrido, dejando estampadas huellas de sangre en las asperezas del camino y creyendo a veces perdido para siempre el rumbo, hasta llegar a una altura bonancible, donde hoy respira la nación entera auroras de paz y de ventura; así abrigó la firme confianza de que en esta nueva centuria ha de tocar a

Boyacá abrir a sus laboriosas poblaciones un porvenir de envidiable prosperidad. Qué le falta a esta región, privilegiada por la naturaleza, para hacer útiles y fecundas las dormidas riquezas que guarda en sus entrañas? Célebres son sus pintorescos valles, sus armoniosos lagos; sus cultivadas colinas; sus grandes dehesas, que recuerdan la inmensidad de la pampa. Encierran sus montes nidos de esplendorosas esmeraldas, sin rival en el mundo. Su densa población no ha perdido las buenas condiciones de la raza; cree en Dios, y ama el terruño. Sus sufridos labriegos son, cuando la ocasión lo exige, soldados que oyen el zumbar de los proyectiles con la serenidad con que oyen el gorgojo de los pájaros en los arbustos de sus cercados. Sólo falta a esa tierra y a sus hombres, ambiente más amplio para respirar a plenos pulmones, porque un pueblo contenido dentro de un círculo de hierro, gasta estérilmente muchas de sus energías; y agota en pequeñas luchas fuerzas que bastarían para grandes empresas. El Japón era una tierra feudal y exótica, extraña a la civilización, hasta cuando abrió brutalmente sus misteriosas puertas un comodoro extranjero. Boyacá no necesita de esta presión extraña; pues con poderoso esfuerzo se apresta a romper obstáculos de la naturaleza y lanzarse en pos de la ruta central de la civilización colombiana. Y hoy no hay empresa temeraria, ni obra que exceda a las capacidades de la actividad nacional: un sol de progreso se levanta sobre Colombia! Mucho hemos padecido, mucho hemos batallado con estéril porfía, mientras otros pueblos nos miraban con desdén irónico y gozaban de las dulzuras de la vida fácil y espléndida. Desde hace cinco años, esta quieta y prudente nación ha ofrecido a sus hijos una calma, una abundancia, un bienestar de paraíso, a tiempo que las grandes potencias, centro de la cultura, han pade-

cido los horrores de la destrucción y las angustias del hambre. Reconozcamos los beneficios de la Providencia y tengamos fe y confianza!

Esta fiesta de los Juegos Florales, destinada a colocar un fresco ramo de poesía sobre el monumento triunfal de los Libertadores, tiene sus lejanos antecedentes en la historia literaria de Tunja. Eruditos investigadores han exhumado de los archivos la relación del certamen literario efectuado aquí el año de 1663, en celebración del nacimiento del Príncipe Carlos José, el futuro Carlos II, el Hechizado. Distribuyéronse ricos premios, una rosa de esmeraldas, una sortija Panthaura; un espejo argentado con sus puertas doradas; guantes adobados; un corte de ormesí. Desgraciadamente la poesía no acudió al llamamiento, y los versos estuvieron al nivel del destino histórico del personaje celebrado. El autor de la relación dice, entre otras cosas curiosas, que hubo «evidencias de que a la palestra intelectual ocurrieron disfrazados algunos de los jueces; y porque en los encuentros de ella era forzoso dar sus pareceres, llevados del propio amor, porque defectos de los hijos jamás se reconocieron con perfección de los verdaderos padres, se redujo a concordia y se repartieron los premios con simulados nombres, al són de chirimías»: música no por cierto inadecuada a la calidad de los versos laureados. Hoy un jurado, compuesto casi en su totalidad de hijos de Bogotá, a quienes acompañaba un excelso cantor boyacense, ha otorgado la palma del triunfo a un magnífico canto, de fulgurantes estrofas, obra de un inspirado poeta de Tunja. Nuevo lauro para vuestra historia literaria. Yo, por mi parte, quisiera tener también una lira para ponerla a los pies de las gentiles damas de esta sociedad, que tanto nos han honrado a mis compañeros y a mí; pero no faltan en los jardines bogotanos flores de rico

aroma, ni en nuestros montes, ramos de fresco laurel para ofrecérselos como homenaje de admiración y de respeto, en este día en que todas ellas se agrupan en torno de su excelsa Patrona, coronada en la capital como Reina de Colombia. Ningún tributo más grato que el que rinde el hombre a la mujer, reconociendo el incontrastable predominio del *eterno femenino*, de que habló el gran poeta germánico. Vosotras, en la aridez de la vida, lucís como las flores que esmaltan las grises llanuras castellanas, interrumpiendo el tono uniforme de las mieses con el azul matiz de los acianos y la roja mancha de las amapolas; para recordar al hombre que en medio de la aspereza de la lucha diaria, se levanta siempre la hermosura como una promesa y un galardón; y que a pesar de la prosa del trato humano, brota irresistible la eterna, la inmortal consoladora, la poesía.

EL CULTO DE LOS HEROES

(Del libro inédito *Educación Nacional*).

Quisiera que esta lección fuera un canto armónico y dulce que se grabara para siempre en los corazones, y no una prosa desmañada y fría. ¿Qué más grande y esplendoroso que un héroe? ¿Qué más atraente que un guerrero vencedor, o vencido con grandeza? Estos seres privilegiados ejercen extraña fascinación sobre las multitudes, y en todas las épocas los hombres les tienden alfombras de flores a su paso, ciñen sus sienes de laureles, y en contorno suyo conmueven los aires con el eco de sus aplausos. Los elogios de los santos se hacen en el claroscuro de las catedrales, a la luz de las lámparas, porque su vida se deslizó sin ruido y sin pompa; los elogios de los